



## MENSAJE FINAL DE LOS OBISPOS

Desde la tumba del Apóstol Santiago, destino de muchos peregrinos de todas partes de nuestro continente, también nosotros, obispos del Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa, renovamos nuestra profesión de fe sobre el fundamento de los Apóstoles.

En estos días, hemos tenido la alegría de ver a muchos jóvenes, y también a otros menos jóvenes, llegar a pie a Santiago adelante de la *Puerta de la Gloria*.

Conscientes de nuestras limitaciones y de muchas debilidades que causan sufrimiento a toda la Iglesia, nosotros también entramos en la Catedral para depositar, en el *rito del abrazo*, nuestras aflicciones y peticiones sobre la espalda del Apóstol, para pedir perdón por nuestros errores y comprometernos con esperanza y confianza para el futuro.

Llegamos a Santiago de Compostela, ciudad al extremo occidental de Europa, donde - como nos recuerda Papa Francisco, a quien agradecemos la solicitud con la cual, incansablemente, nos muestra los caminos a seguir y por el mensaje que nos envió - “se encuentran el centro y la periferia (...) un lugar altamente simbólico para redescubrir la gran riqueza de Europa unida en su tradición religiosa y cultural”.

Reunidos para reflexionar sobre *Europa, ¿hora de despertar? Los signos de esperanza*, tomamos más conciencia de la situación en la que viven nuestros países y de las diferentes contradicciones que existen:

- el deseo de Dios y, al mismo tiempo, la fragilidad de la vida cristiana;
- el deseo de una vida basada en el Evangelio y, al mismo tiempo, la debilidad eclesial y humana;
- el deseo de santidad y al mismo tiempo, el poco testimonio de vida;
- el deseo de derechos humanos universales y, al mismo tiempo, la pérdida del respeto de la dignidad humana;
- el deseo de armonía en la sociedad y con la creación, pero también la pérdida de todo sentido de verdad objetiva;
- el deseo de felicidad duradera, pero también la pérdida de un sentido compartido del destino al cual está llamada la humanidad;

- el deseo de paz interior y coherencia expresado en una búsqueda espiritual, pero también la negación de esa búsqueda en muchos discursos públicos.

Nos hemos detenido en las cuestiones existenciales que se encuentran en lo más profundo del corazón humano y que nunca desaparecen, aunque estén oscurecidas por resultados materiales. Cada hombre, de hecho, alimenta el deseo secreto de encontrar a alguien que ayude su conciencia a despertarse, a despertar las cuestiones decisivas de la existencia, del futuro más allá de la muerte, del mal que hiere lo humano, y de los males que violan la vida y el cosmos.

Por eso, como centinelas de la mañana, vigilantes y listos a indicar el nuevo día, queremos dar un mensaje de esperanza a Europa en dificultad y decir con fuerza: ¡Despierta, Europa! En las diferentes historias y tradiciones, en los viejos y nuevos desafíos, hay elementos de esperanza: entre ellos, los santos y los mártires de nuestros países, antorchas encendidas que animan el presente y anuncian el futuro. Brillan como estrellas en el cielo.

¡Redescubre tus raíces, Europa! Contempla los numerosos ejemplos de esta esperanza satisfecha, comenzando por nuestros santos Patronos: Benedicto de Norcia, Cirilo y Metodio, Brígida de Suecia, Catalina de Siena, Teresa Benedicta de la Cruz, signos de una Europa unida en la diversidad. Redescubre el testimonio de grandes figuras europeas más cercanas a nosotros, como madre Giuseppina Vannini, Marguerite Bays, el Cardenal John Henry Newman que serán proclamados santos el domingo 13 de octubre por la Iglesia y los innumerables ejemplos de santidad presentes en nuestros tiempos y que, a menudo, encontramos en nuestra vida cotidiana.

Alégrate, Europa, por la bondad de tu pueblo y por los numerosos santos escondidos que cada día contribuyen, en silencio, a la construcción de una sociedad civil más justa y más a medida de hombre. Mira las numerosas familias, las únicas que pueden generar un futuro. Reconoce con gratitud su fe en Dios y su ejemplo. Deja que modelen nuestro amado continente y, como nos recuerda Papa Francisco, que trabajen “por un nuevo humanismo europeo, capaz de dialogar, integrar y de generar, valorizando al mismo tiempo lo que es más valioso para la tradición del continente: la defensa de la vida y de la dignidad humanas, la promoción de la familia y el respeto de los derechos fundamentales de la persona. A través de este compromiso, Europa podrá crecer como una familia de pueblos, tierra de paz y de esperanza”.

Creemos que la verdadera respuesta a todos los interrogantes de sentido es Jesucristo, el rostro del Padre. Proclamamos nuestra fe en Su persona, el único Salvador del hombre y del mundo. Sólo en Él, Pan partido para nosotros, encuentran respuesta nuestros interrogantes, porque sólo Él es la revelación plena del misterio de Dios y la respuesta de la humanidad a este misterio de Amor y de Misericordia. Él hace que quien lo acoge esté dispuesto a escuchar, a amar y a hacerse prójimo poniéndose, en nombre de Cristo, al servicio del hombre, especialmente de los más necesitados, ofreciéndoles el don de Cristo y la ayuda necesaria, con aquella caridad que “nos estimula a reconocernos como hijos de un solo Padre” (Papa Francisco, Mensaje a la Plenaria).

Santiago de Compostela, 5 de octubre de 2019